LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.	40 id.	21 id.	11 id.
Extranjero.	50 id.	26 id.	14 id.

AÑO XXX.—SUPLEMENTO AL NÚM. XLVII.

ADMINISTRACION:

ALCALÁ, 23.

Madrid, 22 de Diciembre de 1886.

PRECIOS DE SUSCRICION, PAGADEROS EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba, Puerto-Rico y Filipinas...	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Demas Estados de América y Asia.....	60 pesetas ó francos.	35 pesetas ó francos.

«DON JAIME I EL CONQUISTADOR.»

ESTATUA MODELADA POR D. AGAPITO VALLMITJANA, PARA SER COLOCADA EN LA PLAZA DE LA ADUANA EN VALENCIA.

(De fotografía, remitida por D. Luis Alfonso.)

SILUETAS DE PASCUA.

(ANDALUCÍA.)

Se hielan los pájaros.—Esta no he nace el Niño.—La Misa del Gallo.

I.

SE HIELAN LOS PÁJAROS.

Los inviernos son cortos y benignos en Andalucía, si se les compara con los del Norte; pero como observa una locución popular, en los últimos días de Diciembre siempre *se hielan los pájaros*.

La niña andaluza, acostumbrada á estar de bruces en su balcón, á pleno sol y á plena brisa, se aburre por las tardes tras el cierro, que asemeja torre encantada de cristales, y triste, porque ve morir ó languidecer sus plantas favoritas, habla con el canario ó con la cotorra, ya que no puede hacon su novio como en las pasadas tardes de estío.

La poca familiaridad que suele tener con el carámbano y con la racha helada le hacen ver con mayor disgusto las invasiones de esos poéticos copos, blandos como el algodón y blancos como ellos mismos, que alguna que otra vez invaden sus terrados y talan los tiestos de flores escalonados sobre las balaustradas. Hace dos años la Giralda esa coqueta acostumbrada á sufrir los ardientes besos de nuestro sol, se cubrió de festones de hielo y dejó reposar bajo sus axaracas y ataurique africanos á los geniecillos del Norte, que vinieron, sin duda por curiosidad, á preguntarle por Ahiza la bella, por Morayma la esclava de Al-Motamid y por María Padilla, á quien la fama popular tachó de bruja de alto copete.

Mas ni una sola de nuestras bellas, estamos seguros de ello, entreabrió su *portier* para disfrutar de aquel delicioso espectáculo, ni levantó la cabeza de la almohada, á pesar de no ser aquí muy común este capricho atmosférico; sus ojos, que abiertos de par en par hubiesen derretido la nieve, permanecieron indolentemente entreabiertos, hasta que el primer rayo de sol, penetrando de modo alevoso por las rendijas, fué á juguetear en sus retinas dilatadas.

A la andaluza le incomoda el frío, no sólo porque ella es ascua de fuego, sino porque no sabe acomodar á sus formas, como la rusa ó la holandesa, la nutria, el gato ni el armiño. Su cuerpo, esencialmente estatuario, soporta apenas el raso y el terciopelo, y se adapta mal á las pesadeces del abrigo. Está acostumbrada al aire de la tierra; como la cierva y la gacela, no consiente sobre su piel pesados paños. Manila bordó para ella sus mantones aeriformes sembrados de flores ideales, que ni cubren ni pesan; y la batista y el percal, que suelen afear y empequeñecer á las mujeres del Norte, dan á sus cuerpos, que no tocan la tierra, ese sello de raza que las distingue y avalora.

No es tan pueril como á la primera ojeada parece la antipatía de las andaluzas á las importunas rachas de viento, porque la pulmonía reina entre nosotros en los meses crudos y hace víctimas por todas partes; sin embargo, el pueblo miente; tengo la seguridad de que *no se hielan los pájaros*.

Aduciré mis pruebas.

Viviendo yo hace algunos años cerca de una de esas casas-palacios que, como el llamado de las Dueñas y otros muchos, han venido á convertirse en la capital de Andalucía en casas de vecindad destinadas á las clases que pudiéramos llamar distinguidas, mas cuyos individuos no pueden sostener por sí solos escaleras monumentales, patios soberbios, amplios jardines ni blasonadas antesalas, sentí al amanecer de un día de Diciembre grandes lamentos, que me hicieron, en unión de varios amigos, acudir al solar donde resonaban.

Penetrando por sus patios adornados de preciosas columnas, en cuyos capiteles campean aún los escudos heráldicos de sus antiguos moradores, y ascendiendo por la pesada escalera, cuyo pasamano termina en un horrible monstruo de piedra, llegamos á un pequeño *partido*, formado por la subdivisión de una de aquellas inmensas cuadras, y abordamos la pequeña habitación con vistas al jardín en la cual se había dado cita la vecindad entera.

Un rayo de sol de la mañana, rompiendo las hiedras salpicadas de campanillas azules que bordaban la parte exterior del muro y se encaramaban hasta los cristales de una ventana de arco apuntado, caía dulcemente sobre el cuerpo de una joven como de diez y ocho años de edad, que espiraba entre los brazos de una anciana desolada. El médico acababa de retirarse moviendo tristemente la cabeza y recomendando ese silencio necesario en todos esos lugares que ha de visitar irremisiblemente la muerte.

Pregunté á una de las muchas comadres que dominaban el corro, alzándose sobre los pies y apoyándose sobre los hombros de las que habían tenido la suerte de colocarse las primeras, y me contó de pe al pa lo que allí había acontecido.

La cosa no podía ser más sencilla.

Natalia, la moribunda, acababa de oir la Misa del Gallo, y destrenzaba su hermosa madeja de cabellos rubios contemplándose al espejo. Sin chambra, con sus redondos hombros descubiertos, mal ajustado el corsé, mostrando bajo la punta bordada de la enagua la media celeste y el zapatillo microscópico, pensaba acaso en Fernando, con quien acababa de oir en Santa Inés los indispensables y clásicos villancicos.

Partía ya Natalia sobre su frente aquellas dos hermosas cantidades de cabello que hubieran hecho la delicia de una *demi-mondaine* pelona, y la fortuna de cualquier peluquero parisiense, cuando un desconsolador ¡pi, pi, pi, pi! resonó tras los cristales y las hiedras, solicitando su atención y llenándola de asombro.

¿Quién llamaba á tan intempestiva hora á su ventana? ¿Qué imprtuno venía á profanar su dormitorio y á separarla de la operación más grata á la mujer hermosa, la de contemplar sus propias gracias al espejo?

Natalia subióse inconscientemente el escote de la camisa y extendió su mano pequeña y blanca sobre la parte más turgente de su cuello; después volvió el rostro hacia la ventana que daba al jardín, y al conocer que era un ave la que pugnaba por romper el vidrio y refugiarse en su aposento, se acordó de la salida del convento de Santa Inés, y pensó que hacía un frío por allá fuera *que se helaban los pájaros*.

El pobre hijo del viento, que había trepado hasta allí por las hiedras, piaba entretanto con acento tan desgarrador *que partía los corazones*. Natalia dudó un momento si daría ó no daría asilo al ave pedigüeña. No tenía jaula donde meterla, ni el helado pajarillo se acomodaría á pasar las horas que restaban de aquella noche de Diciembre con el pico bajo el ala. El tiempo apremiaba, porque el piar del verderón—era un verderón seguramente—podía despertar á las aguilillas que reposaban en los mechinales cercanos. Natalia no pudo resistir más; sin descolgar el abrigo que había acomodado en los percheros, sin cubrir con la chambra sus brazos torneados y esculturales, sin apretar el corsé, en el que se desbordaba el casto seno, acercóse de puntillas á la ventana y entreabrió las maderas para que el pájaro pasase. En efecto, la atolondrada avecilla entróse por la rendija, y al sentir el grato calor de aquel perfumado aposento, gorjeó dulcemente sacudiéndose las alas.

Pero con el verderón había entrado una corriente de aire frío, semejante á aguda saeta, que penetrando en el mal defendido costado de Natalia, le produjo mortal accidente: mientras el pajarillo secaba su plumaje mojado por la escarcha entre los limpios encajes del lecho, su salvadora caía sobre la alfombra pidiendo socorro y derramando anchas bocanadas de sangre.

Cuando acudió la anciana madre, que dormía en la habitación del lado, su hija espiraba, y el afortunado verderón, aprovechándose de la primera luz del día, escapaba por la roseta de un ventilador sin guardar memoria de aquel gran sacrificio.

Ligeras gotas de rubíes brillaban en sus alas de esmeralda.

II.

ESTA NOCHE NACE EL NIÑO.

La Noche Buena en Andalucía conserva aún trazos característicos de los antiguos tiempos. Uno de ellos la cena familiar, de que apenas queda rastro en las modernas ciudades.

La cena fué en sus primeros tiempos la consagración de la fraternidad cristiana, y renació en las obscuridades de las catacumbas; después, cuando el hogar se puso bajo el amparo de la cruz, santificó el padre aquel piadoso recuerdo, y fué la consagración de la familia. Hoy es apenas la nota de una noche en la humilde vivienda.

Difícil sería que en los grandes centros modernos el abuelo lleno de virtudes y de años congregase á sus nietos como solía acontecer aún en el siglo pasado. La moda prescinde de tradiciones y de creencias, y la educación que hoy se da á los jóvenes no permite tales excesos. El club, el teatro, las reuniones, las cenas íntimas tienen justamente la primacía; pasó aquel tiempo en que el hogar, semejante al nido, congregaba á toda la prole al cerrar la noche; en nuestras casas modernas vuelven los amos al rayar el alba y se acuestan con sol los *señoritos*.

La noche en que nace el Niño, los andaluces, fieles á aquella antigua tradición, cenan en familia, con muy escasas excepciones. En la referida noche ha de congregarse la parentela en el domicilio del pariente de más respeto; allí acuden todos, y previos los preparativos de ordenanza, se organiza el banquete familiar, de que forman principal parte la batata con azúcar, el fresco boquerón y el clásico *soldado de Pavía*.

Como aquella noche nace el Niño, los de la casa no duermen; por eso el sonido de panderos, zambombas, almireces y platillos no cesa un instante desde que el sol se oculta hasta la hora de maitines ó *Misa del Gallo*. Cuando la mesa está colocada, figurando en el centro el gran plato pintarrajado de Triana, en cuyos gruesos bordes se reclinan las esponjadas batatas que mojan sus vientres en el azucarado caldo, tómala por asalto la tropa menuda, y van sentándose en ancho círculo abuelos y nietos, padres é hijos, sobrinos y tíos, cuñadas y deudos más ó menos lejanos.

Entremeses y aperitivos de este banquete son las orondas aceitunas, las almendras y las castañas que están todavía saltando, y tal ó cual empanada ó torta casera, que viene como de perlas para cerrar la jornada. Durante la cena se cuentan cuentos, se celebran los villancicos de Santa Inés aun cuando no toque el órgano el maese Pérez que inmortalizó nuestro Gustavo Adolfo; se murmura de la vecina de arriba y de la del lado, y se pone á prueba la paciencia del más quisquilloso, convirtiendo las almendras y las aceitunas en proyectiles certeros.

Entretanto, la calle resuena con alegres rumores. Son los impacientes que aguardan cantando y bailando al aire libre el primer toque de la celebrada *Misa del Gallo*. Repiquetean las castañuelas, suenan las zambombas, chocan sus estridentes sonajas los panderos, retiemblan los platillos y suben los cantares al cielo. De vez en cuando todo aquel barullo se apaga como si una batuta fantástica diese á los músicos rápido compás de espera: es que corre la botella del aguardiente de mano en mano, y los gaznates se remojan para atacar las notas con mayor brío. Una música apaga la otra; esta ronda arrolla aquella; los que van y vienen se confunden en un mismo punto formando atronador remolino; la luz de los faroles rompe de vez en cuando aquel montón de óscuras siluetas, y sus insuficientes rayos destacan por grados líneas originales y formas graciosas, que se pierden de nuevo en la penumbra de las callejuelas.

Allá arriba se han levantado los manteles; los cerebros, calientes con el anisado ó la manzanilla, piden un rato de solaz, y se organiza la fiesta íntima. Allí es de ver cómo la airosa joven coloca la zambomba entre sus faldas y fatiga al carrizo para que el ánfora cubierta de piel lance sus ronquidos ásperos y desapacibles como los del sátiro griego; allí es de ver cómo la anciana, recordando sus antiguos tiempos, desentierra la canción del *caracol que lavaba á la orilla del agua*, y lleva la voz cantante del clásico villancico que corean cuantos alrededor se hallan; allí es de ver, en fin, la ágil moza que repica las castañuelas, el vejete fauno que se ha fabricado un ruidoso instrumento de cañas, las jóvenes que charlan con sus novios recatándose tras los muros de pergamino de los adufes, y las Quintañonas que dormitan en los rincones ó acarician al gato que se estira junto al fuego.

La zambomba es la reina de la fiesta y es la que presta á las nocturnas veladas de Pascua y Noche Buena su carácter propio. Instrumento esencialmente casero, está al alcance de todas las fortunas, y lo mismo levanta la voz en el tugurio que en la limpia cocina del labrador acomodado. Un canjilón de noria, una maceta cuyas plantas secaron los vientos traidores de Diciembre, una talla de Triana que lució sus asas pintadas en el alcarracero, cualquier tiesto, en fin, cuya ancha boca se preste á sostener un trozo de piel ó de pergamino, sirve en estos casos á maravilla. El seco carrizo, que ya no recuerda aquellas hermosas tardes de estío en las que miraba correr el agua y hacerse el amor á los verderones y á los jilgueros, hállase coronado de sonajas, lazos de cinta y dorados cascabeles, y sembrado sin saber cómo ni cuándo en algún privilegio de D. Pedro *el Cruel* que escapó de las manos de los anticuarios rebuscadores.

La empresa de hacer resonar estos instrumentos es por demás difícil, pues se da el caso de que la zambomba alcance desmesuradas proporciones; por esto, durante el vértigo de sus ronquidos, toman fuerza tocadores y tocadoras, consumiendo sendos pedazos de pasta con su aditamento de aguardiente. Por eso dice la copla:

La zambomba tiene un diente,
Y el carrizo tiene dos,
Y la niña que la toca
Come torta y alfajor.

La mayor parte de los villancicos y cantares repetidos *en la noche en que nace el Niño* son dialogados, y parecen proceder de los antiguos juegos pastoriles ó de los autos sacramentales que se componían para representarse en conventos é iglesias durante las Pascuas. He aquí algunos de los más usuales en la provincia de Sevilla:

—Madre, en la puerta hay un niño
Más hermoso que el sol bello:
Yo digo que tendrá frío,
Porque el pobre viene en cueros.
—Pues dile que entre,
Se calentará,
Porque en esta tierra
Ya no hay caridad.

—Entró el niño y se sentó,
Y apenas se calentaba,
Le preguntó la patrona
De qué tierra, de qué patria.
—Mi Padre es del cielo,
Mi Madre también,
Yo bajé á la tierra
Para padecer.

Estas coplas se suelen interrumpir para dar lugar á otras menos apropiadas. No es fácil detener los deseos ni poner linderos á las propensiones. El tema religioso es el principal, pero también entran en el coro las tonadillas profanas antiguas y modernas. A veces, la musa popular se insurrecciona; la mundana incredulidad, encarnada en el cuerpo de algún palurdo Mefistófeles, responde inconscientemente á la fe que anima la garganta de las hermosas; el tiroteo empieza, y suelen escucharse estos ó parecidos conceptos, que recuerdan los diálogos de Satán y del Hombre en los *Autos* de Calderón:

—Esta noche nace el Niño.
—Es mentira, que no nace,
Que esas son las ceremonias
Que todos los años hacen.

III.

LA MISA DEL GALLO.

La Misa del Gallo se llama así porque se celebra al mediar la noche, es decir, á la hora en que canta el vigilante tirano del gallinero. Su institución es antiquísima, y como quiera que tiene el encanto de lo desusado y lo extraordinario, ha tenido siempre más devotos que la clásica Misa del Alba, tan grata á los cazadores.

Es la Misa del Gallo en Andalucía ceremonia simpática por excelencia, y si los que celebran el natalicio del Redentor no terminaran en la iglesia los festejos comenzados en sus hogares á prima noche, no quedarían satisfechos.

Al sonar el primer toque, cesan el canto y el baile y callan los gárrulos instrumentos.

—*¡A misa, á misa todo el mundo!*

Y las niñas van á buscar sus airosas mantillas, y los jóvenes se envuelven en sus capas para acompañarlas á la iglesia.

En tanto que resuena el segundo toque, se discute qué templo ha de ser el favorecido. Unos prefieren la capilla de San Antonio, porque el altar mayor está hecho un ascua de oro todos los años, y los villancicos van acompañados, á más del órgano, con panderos, zambombas, carrasquiñas y castañuelas; otros dan la preferencia á San Alberto, porque los maitines son más cortos y los cantores tienen vocecitas de ángel; éstos creen que debe darse la primacía á las monjas de Santa Inés, porque las madres susodichas fueron siempre muy entendidas en el arte de preparar portalitos y nacimientos; aquéllos se deciden por la Catedral, porque las ceremonias revisten mayor encanto y el espíritu se espacia bajo sus góticas arcadas.

Casi siempre son las capillitas y pequeños templos los que se ven más favorecidos; en ellos reina cierta fraternidad que recuerda las primitivas fiestas cristianas; los fieles hablan unos con otros, y más de una vez fué preciso que las autoridades cerrasen las puertas é impusieran silencio.

En esas noches es cuando puede decirse que tras la cruz está el diablo. Las capillas en que se celebra la Misa del

Gallo, engalanadas con sus más bellas preseas, en vez de llevar el ánimo á los graves misterios de la Pasión y Muerte, los hacen mecerse en ese tierno episodio del nacimiento del Dios-Niño. En los altares aparece el grupo conmovedor y gracioso que tantas veces copió el pincel de Murillo, y al que dió relieve el genio de Pedro Roldán y de Cornejo. Cercado de una miriada de lámparas y de candelas, se ve el portal de Belén, rodeado de guirnaldas de flores y coronado por la radiante estrella que sólo se deja ver cada trescientos doce años. Todo es color, todo es luz; el santuario está colgado de ricos paños; las imágenes, cubiertas con sus joyas más costosas; ante cada hornacina brilla reluciente candelería de metal, y la Mesa eucarística luce sus más limpios y calados manteles. Todo convida al contento y á la esperanza, todo ríe y alegra; si alguna vez los ojos se alzan al Crucifijo colocado en lo alto del retablo, y á cuyos brazos macerados y sangrientos llegan apenas las pálidas luces de los cirios, vuelven á bajarse temerosos, empapándose de nuevo en el Niño que sonríe en la cuna, en la Virgen que vela su sueño, en los ángeles con vestes de color de rosa que guardan la entra del portal.

No son impíos ni profanos, las más de las veces, los pensamientos que los concurrentes á la Misa del Gallo suelen tener, aun cuando luchen con las solicitaciones del aguardiente ó de la manzanilla; aquel tierno cuadro del hogar representado por el Nacimiento lleva la memoria de los que han de ser padres á las dulzuras de un porvenir cercano, y levanta en las almas enamoradas aspiraciones tiernas; si el diablo del deseo logra penetrar en el santuario, huye pronto con las primeras coplas, y espera recatado tras el cancel á que desaparezca aquella perspectiva de paz doméstica y de amor materno.

El aspecto del templo durante la célebre Misa no puede ser más pictórico. En él se confunden todas las clases sociales, á las que aúna la expansión natural de una ceremonia simpática por excelencia. Cerca de la rica mantilla de blondas negras se ostenta el pañuelo de algodón de vivos colores y el mantón humilde echado á la cara, de la hija del pueblo; junto al traje de raso, que cruje al menor movimiento de su piadosa dueña, se mira el traje de percal que, aderezado con almidón de manera prolija, cruje también, de limpio, cuando se arrodilla la cigarrera gitana. En las naves la capa domina y se enseñorea; es la prenda nacional por excelencia, y en sus airosos pliegues lo mismo se oculta el obrero que el aristócrata. A ciertas horas y en ciertas ocasiones la capa reina sin rival en el Mediodía de España, y su imperio es indiscutible. Si un nuevo Esquilache quisiera robar á los andaluces el privilegio de usar la clásica é indispensable *torera*, provocaría no un motín, sino un verdadero Roncesvalles.

Bajo la capa suele ir la botella, y no es la primera vez que se interrumpió la Epístola ó el Evangelio con el estruendo de los vidrios rotos. Difícil por demás sería en una noche de fiesta y de jarana hacer que los asistentes al Oficio divino dejaran atrás tan constante compañera. Recuerdo que en la iglesia de Santa María de Ecija ví á un hombre arrodillado al pie de un confesonario durante la celebración de los maitines. Su inmovilidad y compostura llamaron tanto mi atención, que quise observarlo de cerca. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que, con el mayor disimulo, recataba la botella contra la rejilla, tomándose sendos tragos!

En el siglo pasado, y aun en los comienzos del presente, los escándalos de los que asistían á maitines fueron tales, que alcaldes y corregidores tuvieron que dictar severas providencias.

Hoy no sólo van perdiendo su carácter estas veladas religiosas, sino que se guarda más compostura en los referidos lugares. Se han prohibido en absoluto ciertos desahogos, y por lo tanto las demasías son muy escasas.

Por otra parte, el gusto de los concurrentes está halagado con los motetes y villancicos; y como éstos se prodigan de modo que hay huelga y ruidos durante todo el acto, no piensan en turbar con sus garrulerías aquellos agradables cánticos.

Los maitines comienzan con sus intervalos de zambombeo, y las coplas y músicas se repiten durante la misa, entre la Epístola y el Evangelio, en el Ofertorio y los *Agnus*. Antes, en los *Sanctus*, suele meterse un bonito motete que deleita á la concurrencia y prepara el ánimo para consumar la santa obligación impuesta á todo fiel cristiano. Cuando termina la misa, se corona la alegre solemnidad con uno de esos toques celebrados que tanto entusiasman á las muchedumbres, la Gallegada, la Jota ó el Himno de Riego.

La multitud, que se empuja en el porche, no sin que haya algún pequeño conflicto entre unos y otros, ni sin que choquen guitarras, catrecillos y bastones, al separarse, cual río de muchos brazos, para tomar las embocaduras de las calles próximas, recobra la posesión completa de su voluntad y vuelve á tocar la guitarra, á fatigar la zambomba y á repicar las castañuelas. Entonces el templo, cuyas puertas menores cierra un sacristán malhumorado, queda solo, solo con sus lamparillas de plata, su Nacimiento alumbrado por tres ó cuatro candelas, sus santos perdidos en los altares, sus tinieblas rotas acá y allá por leves reflejos, sus confesonarios con rejillas, que parecen encerrar los mil fantasmas del pecado; y mientras por el pavimento hay cada vez más frialdad y más sombra, allá por arriba, partiendo de la última ojiva del ábside, un rayo de luz rosada, la del alba acaso, ilumina dulcemente, como si hubiese un rompimiento de gloria, la imagen del Crucificado, cuyas manos maceradas y cuyos brazos rígidos parecen decir á los que se van: «*Venid á mí cuando estéis padeciendo.*»

Queda como tradición, para expresar los grandes abusos que se cometen en maitines y misas del gallo, el cuento de aquel zapatero, un poco incrédulo y un mucho socarrón, que solía colocarse bajo el púlpito todos los años, interrumpiendo con sus chuscadas cuantas ceremonias se hacían en la iglesia durante la celebración del Oficio santo.

Subióse uno de los celebrantes á cantar el Evangelio, y nuestro hombre, que estaba bajo el mismo paño de la tribuna, se apercibió de ello y se propuso burlarlo.

El Padre tocó al registro de color, abrió el misal, y dijo reposadamente:

—*Sequentia Sancti Evangelii secundum.....*

El zapatero, que sólo aguardaba esta ocasión, se puso la mano en la boca á guisa de bocina, y respondió con voz estentórea:

—¡Lo mismo que el año pasado!

Escandalizóse el auditorio, y el clérigo, que quiso dominar aquella situación embarazosa, siguió impertérrito su lectura, añadiendo:

—*In illo tempore.....*

—¡Lo mismo que el año pasado!—repitió con idéntico torrente el beodo, dirigiéndose á sus hermanos en Jesucristo.

El desenlace no se hizo esperar: una pareja de guardias urbanos, que se hallaba en el templo para precaver estos y otros hechos profanos, se apoderó de nuestro hombre, que gritaba como un energúmeno, y mientras que le empujaban hacia el porche del templo, calentándole las espaldas, repetía todo compungido y confuso:

—¡Lo mismo, lo mismo que el año pasado!

En efecto, el año anterior había ido á la cárcel por la misma causa y del mismo modo.

B. MAS Y PRAT.

Sevilla, 1886.

EL ARTE EN BARCELONA.

ESCULTURA.

I.

HACE ya algunos años, un escritor de nombradía afirmaba en una importante revista lo siguiente: «Hasta la consumación de los siglos está la escultura condenada á hablar en griego más ó menos puro, mezclado de algunos idiotismos florentinos» (1).

Esta afirmación, ingeniosa en la frase cuanto exacta en el concepto, pudiera acaso remedarse en esta forma: «Hoy por hoy está la escultura española condenada á hablar en catalán más ó menos puro, mezclado de algunas locuciones castellanas.»

Pruébalo así que, fuera de Susillo en Sevilla, y Bellver y Gandarias en Madrid—que son «las locuciones castellanas»—Mariano Benlliure, uno de los estatuarios modernos más geniales, es de Valencia, donde se habla «catalán más ó menos puro», aparte de que en la misma ciudad sobresalen en el propio arte Yerro, Gelabert, y otros; en Roma, donde Benlliure reside, reside igualmente Querol, catalán, y que, á juzgar por los relieves que recientemente modeló, es escultor de grande aliento; en Madrid representan días hace, muy lucidamente el arte catalán del cincel, Suñol y Samsó, y en Barcelona florece copiosa generación de artistas de este linaje, que cultivan todos los géneros, del religioso al decorativo, del monumental al frívolo, que por su número y esfuerzo recuerdan la época florentina de los Gluberti, della Robbia, Quercia, Arezzo, Brunelleschi, Donatello, Sansovino y otros, y que, constituyendo escuela, en el sentido histórico y artístico de la palabra, obligan á reconocer que en el día, habla solamente en catalán la escultura española.

Pero habla bien; díganlo, si no, con sus labios de mármol ó de bronce, las figuras ecuestres de Vallmitjana, de Puiggener y de Llimona; las figuras heroicas de Reynés, de Nobas y de Carbonell; las figuras religiosas de Sala, las figuras en relieve de Vilanova, las figuras de animales de Vallmitjana Alarce, las figuras de adorno, de capricho y de costumbres de Atché, Gamot, Roig y Campeny; las figuras conmemorativas y de busto, retrato y ornamentación de Fuxa, Tasso, Carcassó, Alentorn, Pajés y algunos más.

Las obras de estos artistas hermosean Barcelona; gracias á ellas, y á construcciones de importancia, va la metrópoli catalana adquiriendo el carácter monumental de que todavía se encuentra Madrid algo necesitado. En iglesias y palacios, en paseos y edificios públicos, en cementerios y plazas, la estatuaria barcelonesa destaca y brilla. A la erección de un monumento sigue el proyecto de otro; tras de un concurso realizado viene la convocatoria para nuevo concurso; de suerte que, en bien del arte, de los artistas y de la ciudad sea dicho, no hay escultor de algún valer que permanezca falto de tarea y de recursos.

Y no sólo alcanza esta prosperidad al arte propiamente dicho de la escultura; el oficio, si así puede llamarse, y en el que existen maestros muy hábiles, goza de igual demanda, y así menudean por las calles de la capital tiendas-talleres de lápidas y figuras mortuorias en piedra y mármol, y de imágenes de talla que en los mismos ó en otros establecimientos especiales encarnan, doran y estofan con singular destreza.

Hay en Olot, conforme he sabido, una fábrica de santos, que así puede llamarse, la cual provee abundantemente á las catedrales, basílicas, colegiatas, parroquias, iglesias, capillas y oratorios de toda Cataluña, y también de otros puntos de España. Las imágenes, por ser la fabricación en grande escala, se expenden á precios muy equitativos, y por dirigir los talleres artista de tan claro entendimiento como el pintor Vayerade, están muy lejos de asemejarse á esos «sacrílegos» bultos grotescamente ataviados de ropas y preseas que predomina aún, para daño de la piedad y de la estética, en muchos templos de España, y señaladamente de Madrid, siendo á la vez de mejor traza y desempeño que los ejemplares que envía la imaginería comercial del extranjero.

Existe asimismo en Barcelona otra curiosísima arte auxiliar de la escultura, representada por un industrial llamado Oliva. No conozco al artífice, mas si sus trabajos, que son, á la verdad, incomparables. Oliva toma una vulgar y pobre figura de yeso—producida, eso sí, por molde de valía—y la convierte en bronce, en madera ó en marfil, con tal perfección, que no advierte la vista el engaño. Baste citar como testimonio de semejante maestría una estatuilla imitada á bronce que Parés (el dueño del salón del mismo nombre para exposiciones artísticas) colocó sobre una columna—pedestal de *bronce verdadero*—sin que se distinguiera lo real de lo fingido. Aun es, si cabe, más de admirar un San Francisco, reproducción del tan famoso de Alonso Cano, que simula maravillosamente una figura de talla, maltratada, carcomida á trechos y torpemente remendada, que cuenta dos ó tres siglos de existencia.

Por último, es también justo mencionar, aunque fuere en los últimos peldaños de la escala escultórica, otra industria especial igualmente de Barcelona (si bien, á lo que entiendo, despunta ya en Madrid), cual es la del modelado en cartón, ora para artesonados que copian con baratura y ligereza los auténticos, ora para figuras de uso y aplicación en el comercio; ya, en suma, para esos accesorios escénicos, á los que se da en lenguaje teatral el nombre italiano de *atrezzo*, y que han promovido aplausos y alabanzas en obras de espectáculo, no solamente aquí, sino en la corte.

Y apuntado ya, á fuer de puntual cronista, lo que en su relación con el arte industrial produce la escultura catalana, paso á referir sucintamente las más recientes y notables producciones de aquélla, considerada ya como arte bello.

II.

La estatua ecuestre del rey D. Jaime, obra de Agapito Vallmitjana, antes que descripción y juicio, reclama historia, la cual, reducida á breve espacio, es como sigue:

Seis años atrás acordóse en Valencia elegir artista que esculpiese la figura del ínclito monarca conquistador de Valencia y de Mallorca, primero de su nombre en Aragón. La comisión encargada de erigir el monumento, convencida de que en aquella ciudad, por más que existiesen escultores aventajados, no había ninguno de bastante aliento para llevar á feliz término tamaña empresa, puso los ojos en Barcelona, que era ya á la sazón centro escultórico de reconocida importancia.

Pidió la comisión parecer á personas residentes en la Ciudad Condal, en cuya competencia fiaba, y hallándose por entonces en ésta el que escribe estas líneas, fué igualmente consultado—no por competente, mas sí por conocedor de los principales talleres de escultura, y por sincero é imparcial en sus apreciaciones, desligadas de todo compromiso ni aun de amistad.

Coincidió por fortuna mi parecer con el de la comisión, y los hermanos Vallmitjana (que entonces formaban una razón social artística) fueron los favorecidos con la elección, disponiéndose por lo tanto á la tarea. Pero estaba escrito, como dicen los musulmanes, que el caballo de batalla de Jaime I había de ser caballo de batalla de artística contienda. A la vuelta de algún tiempo supe en Madrid (donde había regresado á poco de la elección referida) que la razón social habíase deshecho, que cada uno de los dos insignes estatuarios campaba por su respeto, y que había entre ambos pugna acerca de cuál había de ejecutar la estatua ecuestre.

Si no mienten mis informes ni me engaña la memoria, abrióse concurso en Valencia para premiar el boceto—*maquette*, como tratándose de obra corpórea dicen los franceses—y logró al cabo la victoria el mayor de los hermanos Vallmitjana, ó sea Agapito, cuyo boceto fué el preferido y con arreglo al cual ha labrado la estatua.

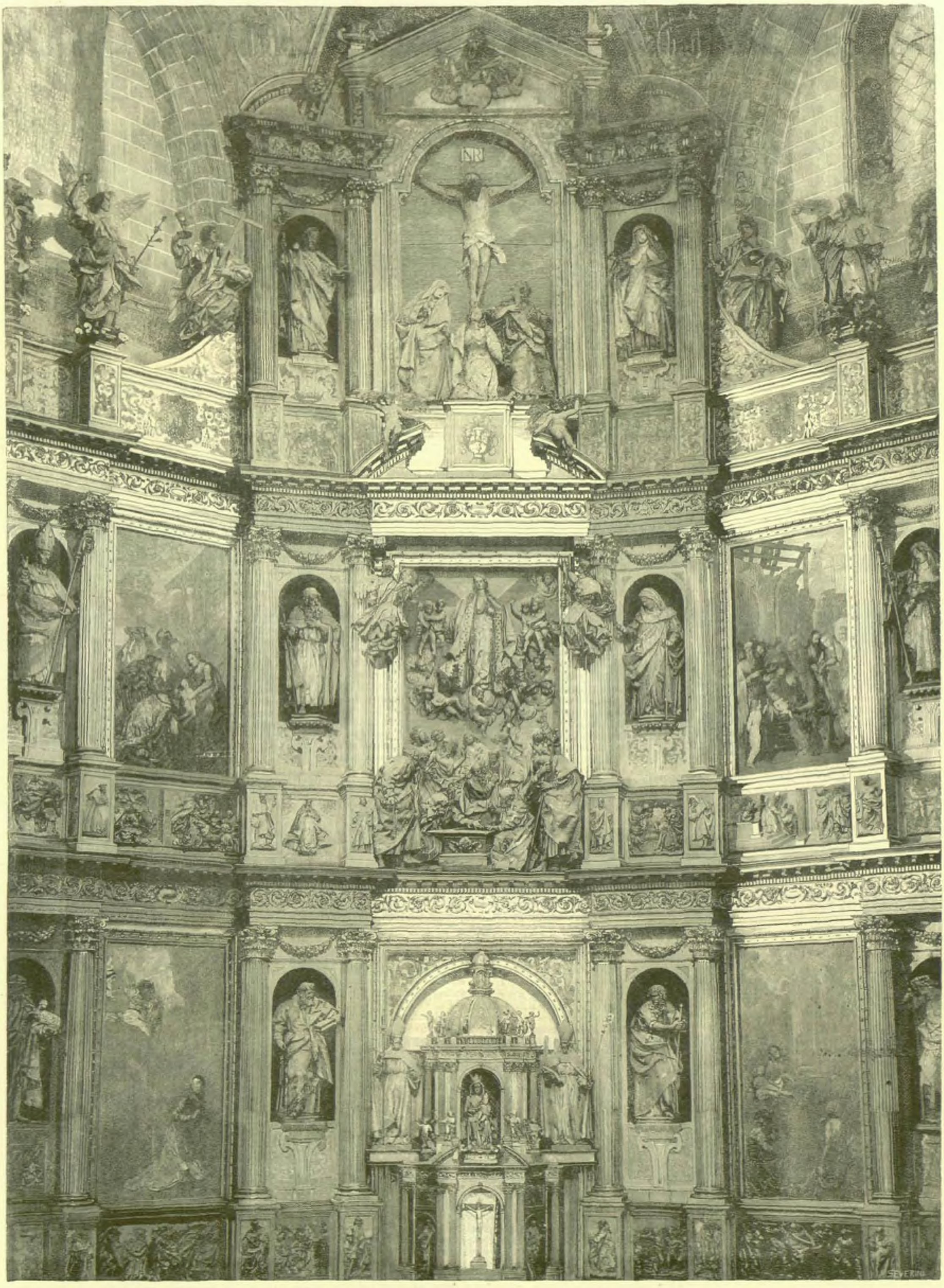
Aún ha sufrido más vicisitudes la misma. Aparte de que Venancio Vallmitjana no se conformó nunca con el acuerdo, y mostró por donde quiera—hasta en las páginas de algun periódico ilustrado—la estatua ecuestre *suya*, donde, como era de presumir, dado el autor, resaltan cualidades nada comunes; aparte de esto, decía, después de expuesto en Valencia el modelo definitivo, los escultores de la localidad, cediendo á un impulso de despecho inoportuno, tardío y pobre, provocaron una protesta, á firmar la cual tuvieron la flaqueza de dejarse conducir otros artistas, censurando acerba é irreflexivamente el grupo del estatuario catalán. Pero el docto escritor D. Francisco Danvila, en lo tocante á indumentaria y panoplia, y el consumado periodista y literato D. Teodoro Llorente en los demás puntos, dieron tal acometida á los mal aconsejados émulos de Vallmitjana, que allá quedaron maltrechos y, como decirse suele, á los pies de los caballos—del caballo del rey D. Jaime.

Tres modelos del mismo ha trabajado Agapito Vallmitjana, uno en cera, otro en barro y en madera el último. Este tiene el tamaño convenido para el grupo (que es colosal) y es el que ha de servir para la fundición en bronce.

Caballo y caballero han sido paciente y atentamente estudiados por el artista: ni escapar podía á su penetración cuántas son las dificultades de una estatua ecuestre, ni había de ignorar que las que en este orden han logrado universal renombre pueden contarse por los dedos de la mano: el *Marco Aurelio* romano en la antigüedad, el *Colleoni* del Verocchio en el Renacimiento, el *Filiberto de Saboya* de Marochetti, el *Federico Guillermo* de Bauch, y acaso alguna de Viena en lo moderno—sin contar el *Felipe III*, dibujado por Velázquez y esculpido por Tacca—son, y no más, las estatuas ecuestres que como ejemplos se citan, siendo entre todas la más alabada y tenida por clásica la del Verocchio. Labrar, pues, una que si no aventajase ni aun igualase á éstas, no desmereciese al menos á su lado, era tan ardua empresa, que todo cuidado y labor habían de semejar pocos para cumplirla. Así Vallmitjana, no contento con examinar, en el taller como en la calle, variedad de caballos y diversidad de jinetes; sobre haber buscado para modelos el caballo de estampa más adecuada y el individuo que mejor en él cabalgase, compróse un caballo y dióse á montarlo él mismo, como para no sólo ser, sino sentir, el varonil ejercicio de la equitación.

El resultado ha correspondido á los afanes y deseos del artista: la estatua ecuestre de Jaime I de Aragón está con-

(1) Víctor Cherbuliez.—*Revue des Deux Mondes*, Julio de 1876.



CATEDRAL DE PLASENCIA (CÁCERES).—RETABLO DEL ALTAR MAYOR.

(De fotografía de Laurent.)

La Ilustración Española y Americana.

«LA ADORACIÓN DE LOS ÁNGELES.»

CUADRO DE TITIANO VECELLIO.

Suplemento al núm. xxvi de 1881.

«EN EL ESTRENO DE UN DRAMA.»

CUADRO DE E. SCHACHINGER, SEGÚN FOTOGRAFÍA DIRECTA DE «LA UNIÓN FOTOGRÁFICA» DE MUNICH.

cebida con majestad, trazada con gallardía y ejecutada con firmeza. Mientras rige con la siniestra mano el pesado corcel de combate, cuyos lomos oprime, extiende la diestra en noble ademán de protección. Ciñe su cuerpo recia malla, plégase sobre la misma, sobrevesta bordada por el borde, prende al cuello y cae sobre el arzón y las ancas del caballo holgado manto, y en la cabeza, sobre la capellina de mallas, encaja el histórico yelmo que ostenta el dragón alado por cimera. En tal continente y atavío imagina el artista, y no imagina mal, que debió de entrar el soberano aragonés en Valencia, tras de haberla libertado de la morisma.

La figura del corcel está, como al punto se nota, estudiada á conciencia y construida con firme brazo; la del jinete asienta muy bien sobre la silla; es, aunque majestuosa, simple y natural; revela á un tiempo al guerrero, tranquilo en el triunfo tras empeñada lucha, y al rey prudente y magnánimo que promete al pueblo salvado por su espada el beneficio de leyes que aseguren su sosiego y acrecienten su prosperidad. Dijérase que el artista, con inspiración moderna, ha acertado á dar cuerpo y vida plástica á aquel hermosísimo verso de Ovidio:

«Qua vincit, victos protegit ille, manu.»

Que pudiera traducirse de este modo:

«Él tiende protector hacia el vencido
La mano con que airado lo venciera.»

Si es forzoso, para completar el examen de la estatua ecuestre, honra del escultor Agapito Vallmitjana, señalar en la misma algún defecto, ya que no hay obra humana exenta de ellos, diré que son dos los que hallo: uno en el caballo, y otro en el jinete. El rostro de éste no es bastante inteligente y vivo; antes bien hay en su mirada una vaguedad que por momentos anuncia desvarío. El caballo resultaría más airoso, y el grupo á la vez, plantado de modo que el cuarto trasero quedase más bajo ó más engallada la cabeza, como sucede en las citadas esculturas ecuestres del *condothiero* Colleoni, del príncipe Filiberto y del emperador Federico.

Vallmitjana modela en pequeñas dimensiones una variante del grupo referido, en la que D. Jaime, despojado del arnés de batalla, y trocado el casco del *drac* por la corona de picos, representa al Monarca como Conde de Barcelona: á esta ciudad está destinada la estatua.

En resolución, si la historia aragonesa se ufana de tan preclaro rey como el hijo de Pedro II, Valencia podrá ufanarse de la obra artística que lo recuerda, y Agapito Vallmitjana de ser el autor de esta obra.

Barcelona, Diciembre de 1886.

LUIS ALFONSO.

(Concluirá.)

TIPOS MADRILEÑOS.

LEYENDO «LA CORRESPONDENCIA».

Vaya usted por casa alguna nochecita. Con estos fríos no salimos. Pepe, como está delicado desde que volvió de Filipinas, en cuanto cae el sol se vuelve á casa, se pone las zapatillas, le llevo el gorro, y se sienta á la camilla, donde toma su tacita de caldo, su chuleta al natural, y su *mijita* de carne de membrillo, y todos los días lo mismo, porque eso es lo que mejor le lleva el estómago. Luego se entretiene en hacer cigarros de papel, hasta que viene *La Correspondencia*..... En fin, Pepe hace una vida ejemplar.....

—Sí, pero no todo es virtud..... Me han dicho que ha vuelto rico de Filipinas.

—Lo dicen, pero no nos lo harán bueno. Á usted le diríamos la verdad; pero, no señor, no hemos traído más que una friolera, ¿sabe usted? para no morirnos de hambre. Mi marido, ya conoce usted á Pepe, no es como otros, y no ha hecho cosa mayor en ese particular, porque le falta genio, carácter; y si otros se han agenciado mil, es un suponer, él se ha contentado con ciento..... En fin, amigo mío, nada; miseria, y perder la salud. Eso es lo que siento, que mi Pepe no levanta cabeza, y ha echado un humor que en casa le temblamos, y á mí me tiene sin gusto para nada. La que está muy guapa es mi hija, y muy desarrollada.

—Si se parece á usted, será una preciosidad.

—¡Jesús, qué exageración!..... A usted sí que no se le va el buen humor.

—No, señora, ni el malo tampoco.

—Con que no deje usted de ir alguna noche, á ver si se anima algo Pepe.....

—Si usted no le anima, ¿qué he de poder yo?..... Pero iré, prometo á usted que iré á ver á Pepe, y sobre todo á ver á usted.....

—¡Qué bromista!.....

Y en efecto, tres días después de haber hallado en la calle á mi antigua amiga Rosalía, mujer gallarda, vistosa y de bizarrísimo porte, una noche me trasladé en el tranvía al barrio de Argüelles, donde, en una casita nueva, en un piso principal muy bonito, vive Pepe con su mujer y su hija, y una doncella, de profesión, y una cocinera que parece propiamente una fiera.

Pepe, mi compañero de mejores días, me recibió con toda la amabilidad de que es capaz, dado el mal humor habitual que le aqueja y de que ya me había hablado su mujer. La niña, de unos catorce años, es guapota *ella*, de formas pronunciadas, anchos hombros, en fin, una muchachona que su madre debe vestirla de largo, y de ancho, cuanto antes.

Pepe estaba haciendo cigarros con tabaco filipino, á que se ha acostumbrado, y dió á Rosalía la llave de la cómoda de alcanfor que ha traído de allá, para que sacara una breva y me la diera, como lo hizo la hermosa Rosalía, devolviendo seguidamente la llave á su marido, que ejerce ó cree ejercer en la casa absoluta autoridad.

Hablamos del tiempo, del barrio, de las buenas condiciones de la casa, con sol por delante, vistas hermosas por detrás, el alcalde del barrio á un lado y un almacenista de maderas á otro, que tiene un magnífico perro que en cuanto de noche siente ruido alborota la calle y pone en guardia á todo el vecindario contra los criminales; de la comodidad de ir al Buen Suceso á misa á toda hora hasta las dos de la tarde, y de varios antiguos amigos de Pepe, á quienes ya no trata, ni ve siquiera, ni sabe de ellos más que por los sueltos de *La Correspondencia*.

—A propósito—dijo Pepe á la niña, que estaba sentada á la izquierda del padre haciendo unos mitones—¿no ha venido *La Correspondencia?*

—No, papá.

—Pues hace una hora que la vocean—observó Rosalía, sentada á la derecha del padre, desprendiendo las hojas de los libritos de papel de fumar á fin de que su marido hiciera con mayor facilidad la operación en que estaba entretenido.

—Esta noche—añadió Pepe con severidad—le dices á la mujer que ó la trae más temprano, ó se la tomaremos á otro vendedor más puntual.

Sonó la campanilla, la niña dejó sobre el tapete la labor, y salió á intimar á la vendedora la enérgica orden del amo de la casa, que, por su aire despótico, parece uno de aquellos gobernadorcillos indígenas que se estilan en el Archipiélago. Pronto volvió la niña con el papel en la mano.

—Aunque estés aquí—me dijo Pepe—la leeremos.

—Sí, no alteres tu costumbre.

—Pero, papá, la leeremos luego.....

—¡Qué!..... ¿Te da vergüenza leer delante de este amigo?..... Lee como si no hubiera nadie, y no seas tonta.

Rosalía me miró, como pidiéndome que no hiciera caso de las salidas de tono de su marido.

Y empezó la lectura.

—«La *Gaceta* de hoy contiene.....»

—Pasa, pasa; no contendrá nada que me importe.

—«Anoche á las diez celebró una conferencia el Capitán general con el Gobernador civil.»

—Vamos, lo de siempre, la querrán armar—observó Rosalía.

—Mujer, ¿cómo la han de querer armar el Capitán general y el Gobernador?..... Si acaso, la querrán desarmar, si pueden. Sigue, sigue.

—«Se ha concedido la gran cruz de Isabel la Católica á D. Francisco Tal y Cual. Con este motivo hubo anoche música delante de su almacén de chorizos de la Rioja.»

—¡Bah! ¡bah! ¡qué irrisión! Sigue, chica.

—«La Diputación se reunió ayer en sesión secreta, para tratar asuntos de interés relacionados con la corrida de toros del domingo próximo. No se han podido traslucir los acuerdos. Los diputados se encerraron en una reserva absoluta. Con este motivo había anoche gran expectación entre los aficionados á toros.»

—¡Válgame Dios!

—¿Te pones malo, Pepe?.....

—No, mujer, digo ¡válgame Dios! por eso que ha leído la niña.

—¡Ah! creí.....

—«El joven poeta D. Arturo Canilla va á publicar un tomito de versos titulado *Florecitas de mi jardín*.»

—¡Qué monada, hombre!

—¿Sabes quién es este joven poeta, mamá?

—Yo, no, ni ganas.

—Aquel joven delgadito, con lentes y bigotito rubio, que tiene los ojos malos y estaba la otra tarde en casa de las de Cerrito.

—¡Ah! sí. ¡Jesús! un chico que parece un perro sentado.

—¡Anda, mamá! ¡qué exageración!

—Digo, no levanta lo que esta mesa.....

—Pues es muy amable, y la Paca me dijo que tiene mucha gracia y que le han echado una pieza.

—Pues ¿por dónde se ha roto aquella criatura?

—En Eslava, mamá.

—Vamos, niña, sigue, sigue leyendo.

—«Ayer fueron enterrados 60 cadáveres y 7 fetos.»

—¡Jesús, qué mortandad!

—Para que veáis qué bien hago en no ir de noche al teatro ni á ninguna parte. Con la mayor facilidad se coge una pulmonía.

—¿Qué es feto, papá?

—Lo que á ti no te importa. Lee, lee.

—«Hoy han sido detenidos los tomadores Gilito, el *Pintao*, el *Coltilla* y la *Rubia del lunar*, mujer del segundo.»—Esto lo trae todos los días.—«Anoche para el turno 1.º se dió en el teatro Real *Favorita*. Gayarre estuvo sublime.»—¿Cuándo oiré yo á Gayarre, mamá?

—Cuando cante de día, porque tu padre no quiere llevarnos de noche al teatro.

—Tiene razón tu madre; cuando cante de día, y sobre todo, cuando cante barato.

—Vamos, diga usted que nunca.

—Sí, ésa es la fecha más fija. Sigue leyendo.

—«Se ha descubierto un gran desfalco en Filipinas. No podemos, por consideraciones fáciles de comprender, referir los detalles que han llegado á nuestra redacción.»

—No lo extraño, ya no me asombro de nada. Cuando yo estaba allí no sucedía eso, no se descubrían esas cosas..... Sigue, sigue.

—«Anoche la autoridad buscaba á una señorita que por la tarde al entrar con su mamá en las Cuarenta horas se fugó con un joven que.....»

—Basta, basta, no leas más. ¿Oyes eso, Rosalía?.....

—Sí, ya lo oigo. Salta eso y lee otra cosa, niña.

—Deja, mamá, que estoy acabando de leer para mí lo de la señorita y el joven.....

—Sí, que te importará bastante. Buen pillo será él; y lo que es ella.....

—¡Toma! no sabemos lo que habrá pasado para que los dos.....

—¡Niña, niña!..... Lee otra cosa.

—«Mañana, en San Marcos, se celebrará la boda de la hermosa hija de los Barones de la Jaranilla con el teniente de reemplazo D. César Pito. Hoy ha estado expuesto en casa de la novia.....»

—¿Quién, D. César?

—«El *trousseau*, que es riquísimo y de mucho gusto.»—Vamos, éstos no se han escapado, no habrán tenido necesidad de escaparse.....

—Rosalía, esta niña se va despertando mucho. Hay que tener ojo.

—Lee, lee otra cosa.

—«Anoche se dijo que había diferente modo de apreciar la situación política dentro del Ministerio. No es exacto. También se dijo que el Ministro de la Gobernación se había retirado temprano. No es cierto. Se afirmó que el Alcalde de Madrid había anunciado su dimisión. No es verdad. Por último, se aseguró que la tropa estaba sobre las armas. Es falso.»

—Pues señor, todo es mentira en Madrid.

—«Hoy no ha habido sesión en los Cuerpos Colegisladores por falta de asuntos que tratar. El salón de Conferencias estaba muy animado, y se discutía con mucho calor la actitud de los disidentes. Un caracterizado ministerial decía que el Gobierno no encontrará obstáculos en su camino hasta que se emprendan las obras de la Gran Vía, y esto será porque habrá muchas calles interceptadas á causa de los derribos. El general Martínez estuvo un momento, habló al oído á un portero, salió, luego volvió á entrar, y después volvió á salir, y ya no volvió á entrar ni á salir. Poco más tarde se le vió en la Carrera de San Jerónimo hablando muy animado, al parecer, con unas señoras del gran mundo. Y esto es todo lo que ha ocurrido hoy.—«Hay situación para mucho tiempo: para unos buena, para otros regular y para otros mala.»—Así lo explicaba esta tarde en el salón de Conferencias un profundo pensador, hombre público de gran experiencia, cuyas frases siempre son oídas con respeto en los altos círculos.»

—Vaya, vaya, *La Correspondencia* viene esta noche muy sosa.

—Mira los muertos. A ver cuántos y quiénes son.

—Todos son aniversarios. «Segundo, quinto, sexto. Don Matías.—D. Rufo.—D.ª Críspula.....»

—¿No hay muertos de hoy?.....

—Como quien dice, vivitos de hoy.

—Niña, léeme el folletín, á ver en qué para lo del divorcio de la Condesa. ¿Usted no lee esta novela?.....

—No, señora, no tengo esa satisfacción.

—Pues es muy bonita, francesa, y traducida bastante bien.

—¿Y cómo se titula?

—*Los pequeños caprichos de la Condesa.*

—Ya leo, mamá:

—«Os he escuchado—dijo la Condesa fríamente—y vos me rendiréis la justicia de que os he escuchado con calma. Nuestro entretiempo no debe pasar de aquí. Todo en reconociendo lo que hay de razonable en vuestras querellas, estoy bien decidida á pasar otra y proseguir mi camino. Y salió altiva y serena. Los dos jóvenes hombres, viéndola salir, se tendieron las manos en un mismo movimiento. Sus miradas se cruzaron, honestos y leales todos los dos. La péndola sonó las cuatro. Hallábanse delante del balcón de la terraza. La vitrina cayó en pedazos con estrépito, y el Conde recibió una bala en pleno pecho que le hizo caer para no relevarse más.....»

—Ustedes me darán su permiso—dije levantándome é interrumpiendo á la lectora.

—¿Ya nos deja usted?.....

—Sí—contesté;—no vaya á entrar aquí también un tiro por la ventana.

—¡Ah, ya! lo dice usted por lo de la novela. Pues es muy bonita, muy interesante. En esa novela se ve bien claro lo que son los hombres y las mujeres.

—La gente peor del mundo. Adiós, Pepe, que te alivies.

—Adiós; vente por ahí; ya sabes que por la noche no salimos. Aquí nos estamos, y cuando no viene nadie, que es lo que más me gusta, á las diez ya estoy en la cama. Con que ya sabes que siempre me alegro de verte.

—Gracias, gracias. Rosalía, estoy á los pies de usted.

—Voy á salir con usted.

—¿Sí?.....

—Hasta la puerta. No vaya usted á equivocarse y á meterse en mi tocador, que está frente á la puerta de la escalera. ¿Ha visto usted como está mi Pepe?.....

—Sí, ya he visto; hecho un punto filipino.

—Está insoportable, hijo, insoportable..... Por eso salgo de día; porque si no saliera sola á respirar un poco, me moriría de aburrimiento.

—Lo creo, amiga mía, lo creo. Pues lo primero es no morirse. No faltaba más sino que usted, joven, hermosa, llena de vida, de encantos.....

—¡Vaya usted de ahí, malo!.....

Salí; en el portal me embocé, y al poner el pie en la calle solitaria, el perro del almacenista de maderas se arrojó sobre mí y se quedó con el embozo de la capa entre los dientes. Ya supondrán ustedes que apreté el paso.

CARLOS FRONTAURA.

DOLORA.

Un hombre (poned aquí
El nombre que más os cuadre)
Al confesor dijo así:
«Este mundo es para mí
Horrible destierro, padre.»

Y sonriendo, al penitente
El sacerdote le dijo:

«El Señor es muy clemente;
Pedidle devotamente
Que os lleve á los cielos, hijo.»

Al poco tiempo, invadida
De una afección pulmonar
Fulminante, era su vida
Una letra ya vencida
Que se llevaba á cobrar.

Y entonces, con gran dolor,
Le suplicó de esta suerte
El enfermo al confesor:
«Padre, pedid al Señor
Que me libre de la muerte.»

Y es que temblaba al sentir
El término de su mal,
Sin pensar que iba á salir
De este *destierro* y subir
A la *Patria celestial.*

JOSÉ MARÍA GARCÍA MARTÍNEZ.

CARTA Á CONSUELO.

«Llena de amoroso anhelo,
Hace un año á Juan me uní
Con la bendición del cielo.
¡Hoy, Consuelo, acudo á tí
Buscando dulce consuelo!

Tú, mi amiga más leal,
Debes saber mi dolor:
¡Yo ignoraba, por mi mal,
Que era el tálamo nupcial
El sepulcro del amor!

Eterna su luz creia,
Y aquel delirante exceso
Trocóse en ceniza fria.....
¡El amor es flor de un dia!.....
¡Llama que la apaga un beso!

Juan, el amante afanoso
De mi dicha y mi reposo,
Olvida su fe constante:
Cuando recuerdo al amante
Suspiro por el esposo.

Muerta su amorosa llama,
Huye de la que no ama,
Y pone su ingratitud
En grave riesgo mi fama
Y en peligro mi virtud.

Si se obstina en despreciar
Mi pobre amor mal herido,
Puede que le llegue á odiar:
¡Yo, Consuelo, no he nacido
Para mártir del hogar!

¡No repara en mis enojos
Ni en las huellas de mi llanto,
Ni ve mis párpados rojos!.....
¡Ya no se mira en los ojos
En que se ha mirado tanto!

¡El tierno amante de ayer,
Hoy, ansioso del placer,
Olvida santos deberes
Y con extrañas mujeres
Se burla de su mujer!

¡Si así me arroja del cielo
Que soñó mi loco anhelo,
No sé qué será de mí,
Y *hoy, Consuelo, acudo á tí*
Buscando dulce consuelo!

Cansada ya de llorar,
Y de honda amargura llena,
Su pena quiere contar,
Antes de morir de pena,
Tu pobre amiga—*Pilar*» (1).

JOSÉ JACKSON VEYAN.

Diciembre 1886.

MÚSICA POPULAR.

ADMIRO al pueblo.

Me entusiasmo viendo á las chicas populares.

Soy pueblo, no «un pueblo», pero sí del pueblo..... de mi naturaleza.

Sin embargo, la música popular callejera me entristece.

Cuando oigo los desahogos de esos violines y guitarras y bandurrias y flautas y clarinetes que recorren las calles de Madrid sublevando los nervios del vecindario, me declaro enemigo del arte popular.

Aborrezco los organillos *por sí* y por los profesores que «los dirigen».

Entre aquellos primeros ensayos del arte musical con manubrio, y los actuales, hay gran diferencia.

Aquellos organillos con escenas de movimiento, con figuras que parecian personales, tenían encantos irresistibles.

Recuerdo cuando yo era muchacho la satisfacción que me producían los organillos.

¡En uno de ellos funcionaba un zapatero tan simpático!.....

Abría la boca cuando tiraba del *cabo.*

Era aquel muñeco el vivo retrato, ó el retrato al vivo, del profesor encargado de desasnarme en latín, pero mejorando.

La sinfonía de *La Mutta di Portici*, algún fragmento de *Norma* y la *Jota Aragonesa*, eran las piezas que componían el programa de los organillos más acreditados.

Piezas importantes y de ejecución.

Hoy se ha multiplicado el número de organillos y el número de piezas.

¡Pero qué piezas!

Piezas de perro chico.

Piezas que, traducidas del arte al organillo, pierden lo que valen.

Vaga por esas calles un profesor de clarinete virgen, y digo virgen porque aun no ha producido la primera nota, que amenaza á los ojos de los transeuntes.

—¡Caracoles! Vea usted por dónde lleva el clarinete—observa un caballero.

—Apunte usté pa arriba—le decía una chula—porque si se dispara va usté á ejecutar á dos ú tres criaturas presonales.

Habrán visto ustedes á un pobre ciego que toca el violín, según se supone al verle rascar las cuerdas del instrumento con el arco.

Pero toca con la *mediana*, porque el arco del violín tiene más de un metro de longitud.

—Acorte hermano—suele decirle algún transeunte.

—Perdone usted—replica;—soy ciego y no sé adónde voy á parar.

Anda por esas calles un italiano que provoca romanzas de *Traviata* y *Trovador.*

Es un cantante llano.

Vamos, canta sin acompañamiento alguno.

Es un bajo subcutáneo con ramificaciones de ternero, y canta:

«*La donna é mobile.*»

Camina con el sombrero en una mano, y en otra un rollo de papel.

Parece el borrador de un proyecto de estatua.

Los chiquillos, refractarios al arte del grito pelado, le remedan y se burlan del cantante movilizado.

Pero él, despreciando á la muchedumbre, se oprime los ijares y emite la voz como si le infundieran las notas con un fuelle.

Tal vez conocerán algunos lectores á un ciego indígena ó medio ciego, que, guitarra en ristre, recorre las principales calles de esta capital, improvisando.

Cuando le socorren con alguna limosna, da las gracias en versos de este calibre:

«Bendita sea la madre
Que te parió tan hermosa,
Para dar limosna al ciego
Que va á tomar unas copas.»

Si le niegan el óbolo, improvisa, en verso ó prosa, alguna saeta, como la muestra:

«Dicen que tienes taberna
Y que tienes caridad;
Lo que tú tendrás *son* chinches
Y guiñapos y demás.»

O de este modelo:

«Eres más fea que el hambre,
Y como no das limosna,
Permita Dios que te veas
Sin sol, sin pan y sin moscas.»

La clase de sirvientes del reino se encarga de la propaganda del arte lírico vocal.

No hay fregado sin peteneras, ni guisado de carne sin *Diva* ó sin *Caballero de Gracia.*

Canta la muchacha encargada de la cocina en el principal:

«Yo no sé
Cómo fué,
Que un domingo después de comer.»

Y responde la joven fregatriz del segundo:

«Pero al darme el señorito.....»

La del tercero, que es una vizcaína intraducible:

«Soy la rata primero,
Tú eres segundo,
Este tercera;
La parte de bautisma
Cura te tienes
De Saladero.»

Dos minutos después, la casa parece el saloncillo de un teatro de zarzuela.

Todas las criadas cantan.

Un zapatero elevado, que ejerce en un sotabanco que mira hacia adentro, esto es, interior, media en el coro, y sale cantando:

«En el café del Romero
Estaba una cigarrera
Peinada á lo Mazzantini
Presumiendo de torera.»

Esto repite más que una *ensalaiya* de pimientos.

Alguna de las tiples de fogón, sin perjuicio de banderillear en la artesa, empieza á «tomar el pelo» al maestro incógnito de obra prima, y canta:

«En el ca'é de Romero.....
¡Be!
Estaba una cigarrera.....
¡Be!»

—¡Ave María! Fulana, pareces una oveja huérfana.

Esto dice á gritos otra criada de la vecindad.

—Y ¿qué quieres? todo se pega: ¿no ves cómo está la vecindad? Esto es como vivir en un redil.

—En el café del cante.

El zapatero vocea:

—¡Fuera, chucho!

—El chucho será usted.

—¡Arre, Romero!

La pelea termina con un coro á gritos solos.

Involuntariamente todos se ponen de acuerdo y rompen á cantar algo flamenco.

Los enemigos de la música se quejan.

Pero la verdad es que, si no fuera por esos representantes del arte, ¿qué sería de la música en nuestro país?

Particularmente los organillos.....

EDUARDO DE PALACIO.

CERTAMEN CIENTÍFICO, LITERARIO Y MUSICAL.

La Provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Padres Agustinos de Filipinas, para solemnizar el XV Centenario de la conversión de San Agustín, abre al público un *Certamen*, que habrá de verificarse el día 4 de Mayo de 1887, en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

He aquí nota reducida de los temas y los premios:

PRIMER PREMIO.—Una colección de medallas acuñadas durante el pontificado de Nuestro Santísimo Padre León XIII.

Tema: Estudio sobre la doctrina de San Agustín acerca del modo con que conocemos todas las verdades en Dios.

SEGUNDO PREMIO.—Medalla de oro, *conmemorativa del Centenario.*

Tema: Doctrina de San Agustín acerca de la Filosofía de la Historia en parangón con las antiguas y modernas escuelas históricas. (*Estudio en prosa.*)

TERCER PREMIO.—Escribanía de plata.

Tema: Doctrina de San Agustín acerca de la belleza, ó ideas que, según el Santo, deben presidir á todo trabajo estético. (*En prosa.*)

CUARTO PREMIO.—Un ejemplar lujosamente encuadernado de las obras de San Agustín.

Tema: Disertación histórica acerca de la influencia del Santo en el desenvolvimiento de la Teología católica, determinando las fases que ha tenido y formando juicio de ellas. (*En prosa.*)

QUINTO PREMIO.—Un ejemplar de *La Flora de Filipinas*, del Padre Blanco, Agustino; edición de todo lujo, en seis tomos en folio, ilustrada con magníficos cromos.

Tema: Estudio de la doctrina del Santo acerca de la Creación, ateniéndose especialmente á lo que expone en la obra *De Genesi ad litteram*, y comparación de esta doctrina con las modernas teorías cosmogónicas. (*En prosa.*)

SEXTO PREMIO.—Un ejemplar lujosamente encuadernado de las obras del Santo.

Tema: Estudio comparativo del sistema filosófico de San Agustín y Santo Tomás. (*En prosa.*)

SÉPTIMO PREMIO.—Medalla de plata, *conmemorativa del Centenario*, y un ejemplar lujosamente encuadernado de la *Ciudad de Dios.*

Tema: Teoría político-social de San Agustín. (*En prosa.*)

OCTAVO PREMIO.—Un objeto artístico de plata, trabajo de Filipinas, y medalla de plata.

Tema: Los Agustinos en Filipinas. Sus relaciones con la civilización y dominación española. (*En prosa.*)

NOVENO PREMIO.—Lirio de plata.

Tema: Armonía de la libertad con la gracia, según la doctrina de San Agustín y del Angélico Maestro. (*En prosa.*)

DÉCIMO PREMIO.—Pluma de oro.

Tema: Leyenda en verso acerca de la conversión de San Agustín.

UNDÉCIMO PREMIO.—Lira de plata.

Tema: Oda á San Agustín.

DUODÉCIMO PREMIO.—Servicio de escritorio de plata sobredorada.

Tema: Oda á Santa Mónica, madre de San Agustín.

DÉCIMOTERCIO PREMIO.—Batuta de plata y las obras musicales del P. Aróstegui, Agustino.

Tema: Te Deum solemne á toda orquesta.

DÉCIMOCUARTO Y DÉCIMOQUINTO PREMIOS.—Se adjudicarán dos medallas de plata á los mejores trabajos, uno en prosa y otro en verso, ambos de tema libre, aunque directa ó indirectamente relacionados con San Agustín ó su Orden.

Los temas primero, cuarto y noveno pueden escribirse en castellano, latín, francés ó italiano; el quinto, en castellano francés ó italiano; todos los demás, en castellano.

Los trabajos, que han de ser originales é inéditos, se enviarán (en la forma acostumbrada para certámenes de este género) al R. P. Rector del Real Monasterio del Escorial, antes de las doce de la noche del 10 de Abril próximo venidero, y los lemas de los trabajos que obtuvieren premio ó *accesit* se publicarán en algunos diarios de Madrid el 30 del citado Abril.—X.

(1) La contestación en el número próximo.

S. E. HUSSEIN SERMED EFFENDI,
MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE TURQUÍA,
CERCA DE LA CORTE DE ESPAÑA.
Nació en Constantinopla, en 1830.—Murió en Madrid, el 12 del actual.

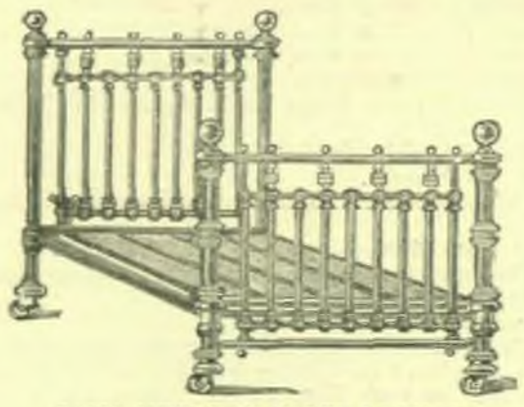
EL GENERAL PITTIÉ,
JEFE DEL CUARTO MILITAR DEL PRESIDENTE
DE LA REPÚBLICA FRANCESA.
Nació en Nevers, en 1829; † en París, el 3 del actual.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro
en la Perfumeria central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS
y en las seis Perfumerías succursales que posee en París, así como en todas las buenas perfumerías.
Madrid: MM. C. GONZALO y Cᵉ, Calle de Sevilla, 8 y 10.— ***Valencia:*** Vᵛᵉ Enrique TIFFON, 46, Calle del Mar.
Barcelona: Mᵐᵉ Vᵛᵉ LAFONT & Fils, Plaza de la Constitucion.— ***Sevilla:*** Julio BEAUCHY y Cᵉ, Sierpes, 30.

LA FLEUR DE PÊCHE, polvo de arroz especial, con esencia de frutos de las regiones tropicales, imprime en el rostro la frescura de la juventud. Háganse los pedidos exclusivamente á la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París, á fin de evitar las numerosas falsificaciones é imitaciones.
LA FALSIFICACIÓN se ceba más que nunca en el *Anti-Bolbos* de la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, único extractor inofensivo de las pecas ó manchas de la nariz. Para no ser engañados, exigir en el frasco la inscripción impresa del nombre *Anti-Bolbos*.
LE BLANC ET LE ROUGE EXOTIQUES, cosméticos inofensivos con jugos de plantas tropicales, transforman el rostro como por encanto, idealizan el cutis con matices sonrosados, luminosos y límpidos, merced á la diafanidad que imprimen al semblante. *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.
PÂTE DES PRÉLATS; todas tienen manos regias, gracias al uso que hacen de la *Pasta de los Prelados*, de la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.
ATRAED á vuestro rostro la juventud y belleza fugitivas, recurriendo á la *Brise Exotique* de la *Parfumerie Exotique*, 35, rue du 4 Septembre, París.—El catálogo de los productos se envía franco á todos los países.
Depósito en Madrid, en casa del Sr. Conde de Portes, Montera, 20, pral., y en Barcelona, en casa de José Lafont, 22, calle del Call.

ACEITE FILÓCOMO de la SOCIÉTÉ HYGIÉNIQUE
PARA LOS **CUIDADOS** DE LOS **CABELLOS**
DEPÓSITO GENERAL: RUE DE RIVOLI, 55, PARIS
Desconfiar de las Imitaciones y Falsificaciones.

FURNISH THROUGHOUT (REG.º).
OETZMANN & CO.,
67, 69, 71, 73, 75, 77 & 79, HAMPSTEAD ROAD, LONDRES, INGLATERRA.
ALFOMBRAS MUEBLES, CAMAS Y ACCESORIOS, CORTINAJES, OBJETOS DE HIERRO DE PORCELANA, DE CRISTAL, etc., etc.
CATALOGOS ILUSTRADOS, GRATIS POR CORREO.



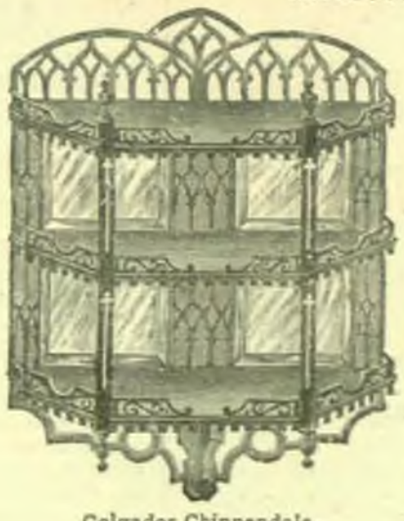
CAMA NEGRO ESMALTE BRONCE.
Con somnier doble alambre, patewe.
Completo ancho.

3 pies.	3½ pies.	4 pies.	4½ pies.
£ 2 2 0	£ 2 5 0	£ 2 12 6	£ 2 15 0

Podemos suplir el somnier por separado, esto es, sin la cama, á los siguientes precios:

ancho 3 pies.	3½ pies.	4 pies.	4½ pies.
11s. 6d.	12s. 6d.	13s. 6d.	14s. 6d.

Recomendamos el somnier, tanto por su bondad como elasticidad: puede alargarse á voluntad por medio del mango que hay en una de sus extremidades.



Colgador Chippendale,
Con cuatro planchas
cortadas á ángulo, 32 pulgadas alto
20 pulgadas ancho, £ 2 2 0.,

EL WOLSELEY.
PORCELANA MARFIL CON COLOR VERDE OLIVO Ó GRIS VANDICK.

Servicio sencillo.	6s. 9d.
Colores esmalte.	17s. 3d.

MESA DE OCASIÓN.
Ébano ó nogal (imitación) cubierto
con tapete indio y guarnición ídem.

21 por 18 pulgadas.	21s.
21 id. 21 id.	25s. 6d.

ARMARIO INGLÉS ANTIGUO.
Un pie 10 pulgadas ancho
por 3 pies 5 pulgadas de alto,
con decoraciones. £ 2 17 6.

ÓRDENES POR CORREO RECIBEN PRONTA Y ATENTA CONSIDERACIÓN.
LAS PERSONAS RESIDENTES EN EL EXTRANJERO HALLARÁN MAYORES VENTAJAS EN ENTENDERSE DIRECTAMENTE CON ESTA CASA.